

KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

GORDON EKLUND

PUNTOS DE CONTACTO

Hechos Iniciales

En las proximidades de la corteza apagada y pulsante de la estrella de neutrones Vt29, dos naves espaciales interestelares cobran existencia repentina y simultáneamente. En principio no puede determinarse si ese hecho sin precedentes es o no una coincidencia. Lo que es seguro es que ambas naves han visitado este punto del espacio con la intención de usar Vt29 como nexo gravitatorio de un posterior vuelo subespacial.

Una de las naves es un remolcador convencional, la «Virdiana» fletada por las Líneas Federadas Planetarias de la Tierra y encargada de realizar algunos cortos viajes interestelares específicos. La segunda astronave en cambio, es de un diseño extrañísimo. Su forma parece la de una serpiente enroscada. El casco, coloreado de una tonalidad purpúrea, da la impresión de estar desprovisto de juntas de cualquier clase.

Las dos naves se acercan, se encuentran, quedan unidas.

Este hecho parece representar el primer contacto Conocido entre seres humanos inteligentes y una especie no humana. La fecha, según el viejo calendario, es 24 de Julio de 2340.

Capitán Fritz Scheffer. Líneas Federadas Planetarias de la Tierra

Supongo que la línea de acción más sensata sería hacer de toda esta maldita situación un secreto entre los computadores de la nave y yo, hasta que los alienígenas me obliguen a actuar cuando acerquen su nave a la Virdiana y los cascos se unan.

La espantosa responsabilidad de lo que sucede recae por entero sobre mis espaldas. He tratado de evitar el pánico entre los pasajeros y la tripulación, pero supongo que, tras las recientes noticias, no voy a tener más remedio que decirles exactamente cuál es nuestra situación.

Por eso, los reúno a todos en la sala central de juego. Los examino con expresión tranquila, como si fuese un monótono día en el espacio. Ahí está Forbes, que según tengo entendido, es tan rico como para comprar este remolcador cincuenta mil veces,

y Chapman, un joven científico que va a dar clases en el cinturón espiral. Ellos dos son los únicos pasajeros de pago en este viaje, pero también tengo a bordo un fanático religioso - se llama Bold o Kold - a quien Forbes pagó el pasaje por compasión, y ahora no soporta la visión del gimoteante bastardo. Y también está Megan, mi puta, pero ella es tan inútil fuera de la cama como útil cuando está dentro. Supongo que, si hay que hacer algo, yo seré el único que lo haga.

Pese a todo, no olvido ningún detalle en mi relato:

- En este momento hay una astronave alienígena pegada a nuestro casco y no parece que tenga intención de irse pronto. El género humano ha estado viajando por el espacio durante tres siglos, más o menos, y sé por experiencia personal que siempre hemos encontrado vestigios de estos malditos extranjeros. Por razones que no voy a tratar de imaginar, se han posado sobre nosotros para hacer un primer contacto. Supongo que existen dos posibilidades: que tengamos muchos problemas o que tengamos muchísimos. Por tanto, bajaré a la compuerta yo solo. - Capto su inmenso alivio ante el anuncio y no me sorprende descubrir su cobardía - Si no vuelvo, actúen bajo su propia responsabilidad.

Forbes, con todo su dinero, es el que más se lamenta:

- Capitán, por favor, su mayor preocupación debería constituir la el pasaje y la tripulación.

- Mi mayor preocupación - le digo con orgullo - es la raza humana en su conjunto.

Forbes también quiere contradecirme en este punto, pero el científico, Chapman, prefiere utilizar la astucia.

- Antes de irse - dice -, ¿no debería tratar de comunicarse con el sistema habitado más próximo? No hay razón para que intentemos enfrentarnos solos a un hecho de esta magnitud.

Le miro furiosamente por tratar de hacerse el listo.

- Hay un montón de razones - replicó -, pero la principal es que los alienígenas no son tontos. Han inutilizado nuestro comunicador.

- Entonces, ¿son expertos en tecnología?

- Así es, hijo.

El monje se vuelve loco. Me maldigo por no haberlo previsto. Siempre pasa lo mismo con estos fanáticos. Sus dioses no les hacen ni un ápice de bien cuando el oleaje es

borrascoso. Puesto que no tengo elección, golpeo su mandíbula. Quedo rociado de saliva, pero el hombre se derrumba.

- ¿Alguien más desea discutir mi postura? - aprieto los puños y echo fuego por los ojos como un demonio.

Silencio.

- En ese caso, voy abajo.

- Fritz, no olvides esto. - Es Megan, con mi desintegrador.

Acaricio el pecho desnudo de la mujer.

- Preciosa - digo -, no iba a olvidarlo.

En la compuerta, lo admito, noto sudor en las manos, me guste o no. Veo claramente la puerta de la otra nave y es de un extraño metal que parece brillar y parpadear como una vela casi consumida. Sí, espero encontrarme con algo vagamente humano, pero cuando la compuerta se abre, veo un monstruo.

Avanza tambaleándose hacia mí. Cuatro metros de altura, desnudo, piel rosada con zonas de pelaje color púrpura. Cuento tres ojos que se agitan en el extremo de unos zarcillos de medio metro de largo. Tiene un pico como el de un loro y baba por todo el cuerpo. Tenso los músculos de mi tripa para contener la cena y fingir impasibilidad.

El alienígena dispone de una especie de aparato eléctrico, que le cuelga de una garra. Concentro mis ojos en ese punto y, con enorme frialdad, digo:

- Soy el capitán Fritz Scheffer, de la raza humana, y ésta es mi nave, la Virdiana.

El ser habla y las palabras son terrestres, pero noto que la voz procede, en realidad, del aparato eléctrico (¿una especie de artilugio traductor?) y no del pico.

- Hemos venido a conocer y saludar a tu raza y a pedirnos orientación sobre vuestro mundo.

- ¿Por qué? - desconfío en seguida.

Me contesta con voz fluida; como en una buena follada:

- En nuestros viajes hemos demostrado compañerismo y buena voluntad hacia otras especies inteligentes que hemos conocido.

La única cosa que no tengo intención de hacer es enviar a la Tierra una nave repleta de estos seres.

- Eso está muy bien para otras especies, pero no para nosotros.

Lo que he estado esperando desde el principio sucede al fin. El monstruo dirige su aparato eléctrico hacia mi cara. Debe de tratarse de un dispositivo con dos funciones: artillugio traductor y arma mortífera.

Mi desintegrador está preparado desde hace mucho rato. Huummmm. El monstruo se derrumba con las entrañas calcinadas.

Añado su cráneo al montón de cenizas (Dios sabe cómo hay que matar a un ser así) y penetro en la nave. Con el desintegrador preparado, vago por los corredores. Es como trepar por la panza de una serpiente. Hay curvas donde debería haber ángulos rectos y todo está distorsionado. Al final, calculo que son siete. Los abraso a todos.

Ya a bordo de la Virdiana, soy acogido en la sala de juego con el recibimiento que un héroe siempre recibe de los cobardes que no han movido un dedo. Pero yo, inmutable, informo:

- Los alienígenas trataban de utilizarnos como parte de un complot para conquistar la Tierra y los mundos federados. Por fortuna, sospeché lo que sucedía y destruí a la cuadrilla. Ahora nos llevaremos su nave y la entregaremos a las autoridades. Confiamos en que la armada pueda averiguar el mundo del que procede. Les aseguro que me gustaría participar en ese desafío.

Los demás quieren charlar, pero me escabullo y hago una seña a Megan. En mi camarote, los muslos de la mujer están abiertos como una flor a la lluvia. Penetro profundamente mientras ella jadea y grita.

Kold, hermano de la Orden de los Señores de los Vedas

El pobre capitán de la nave, que ya no es un hombre joven, tiembla a causa del temor a lo desconocido.

- Intenté apartarme de ellos - nos explica en el transcurso de una reunión en la sala de juego de la nave (lo irónico de la situación no me pasa desapercibido), ¿pero adónde diablos podía dirigirme? Nos acosaron, nos acosaron y ahora nos han cazado. No sé qué hacer.

- Quizá necesitemos armas - dice el señor Forbes, y que a causa de un profundo sentimiento de culpabilidad ha pagado mi pasaje -. Si va a haber lucha, quiero caer airoosamente.

- Podríamos hacer una barricada en la compuerta y esperar - dice Chapman, un científico sin fortuna.

- ¿Es que los computadores no pueden protegernos? - pregunta Megan, condenada a una vida de prostitución

- Capitán - intervengo, usando este término porque sé que afectará al pobre hombre en su orgullo más profundo -, creo que acciones tales como las sugeridas son bastante innecesarias.

El miedo nubla su rostro como la oscuridad antes de una tormenta.

- Pero podrían matarnos.

- ¿Por qué? - Dejo que las comisuras de mis labios se alcen lentamente, luego vuelvo la cabeza para que todos puedan ver mi tranquilo semblante -. Quizá nos odien, pero también pueden amarnos. ¿No deberíamos intentar el camino del amor antes de pasar al odio?

- Yo... Yo... - Siguen dudando, pero mis palabras han hecho efecto. Los ojos de los cuatro me suplican que prosiga.

- Me dirigiré solo a la compuerta para recibir a nuestros nuevos compañeros - sugiero -. Si el dios del vacío es una fuerza universal, cosa que creo fervientemente, no tenemos nada que temer.

A pesar de todo, siguen dudando.

- Si el amor es incapaz de conquistar lo desconocido, entonces no vale la pena vivir - digo.

El capitán habla en nombre de todos:

- En tal caso, haga lo que quiera, hijo, que Dios le ayude.

- Me ayuda, amigo mío - afirmo.

Mientras aguardo entre las puertas del compartimiento estanco, me concentro menos en las diferencias que puedan separar mi raza de la de los alienígenas y más en nuestras similitudes universales. Si existen verdades absolutas en la esfera cósmica, no puede sostenerse que las diferencias fijen prioridades. El término «alienígena» es en sí mismo una falsedad. No hay extranjeros, sólo hermanos.

Me concentro en la verdad de estas palabras y fijo la mirada en la puerta de enfrente. Como si fuera una respuesta, el metal resplandece con gran brillantez. Inclino la cabeza para rezar.

La puerta se abre de repente y aparece la criatura. Avanzo hacia ella extendiendo la mano.

- Soy Kold, hijo del orden universal. ¿Me permites que te dé la bienvenida a este instante de eternidad?

Contemplo unos ojos blancos que parecen verlo todo. Un brillo plateado cubre este cuerpo perfecto como el resplandor de un halo.

- Soy Norda - dice.

- Y somos uno solo.

- Todos estamos unidos - asiente Norda.

En puro éxtasis, me quito la ropa. Norda y yo nos abrazamos con fuerza.

Caigo sobre una rodilla y golpeo mi cabeza contra el duro suelo, proclamando así, para que todos lo oigan, la gloria de los dioses y la suerte de la humanidad. Norda me hace ponerme en pie. Su contacto estremece mi alma como un relámpago de luz amarilla. La voz de Norda más que hablar, canta:

- Amigo, Kold, somos hermanos en la totalidad de los infinitos dominios del tiempo y el espacio. Te traigo gozosas nuevas de los hermanos de un millón de soles incandescentes. Tu pueblo y el mío vivirán como uno solo. Compartiremos amor, bondad, caridad, devoción, desinterés y alegría.

- Pero ¿somos dignos? - no puedo evitar preguntarle.

Su risa es como el trueno de los dioses.

- Hijo mío, todas las partículas finitas del desierto cósmico nacen con el mismo valor. ¿Acaso no somos todos nosotros productos del Vacío Singular? El está en nuestro interior, y nosotros dentro de él.

Las lágrimas corren a torrentes por mis mejillas al escuchar estas palabras llenas de verdad.

Le arrastro hacia la compuerta posterior.

- Ven y conoce a mi hermana y hermanos - digo -. Ellos deben oír tus palabras, porque están llenos de temor y necesitan ser amados.

Norda sonrío con benevolencia.

- También son mis hermanos.

- Sí - afirmo gozosamente -, también lo son.

Los otros, al ver a mi nuevo hermano, captan el valor del mensaje que Norda lleva consigo. Todos se ponen de rodillas al unísono y derraman las lágrimas de los condenados y salvados.

Pienso: el hombre ha alcanzado por fin el destino por el que durante tan largo tiempo ha luchado. Las riquezas del universo están finalmente a nuestra disposición.

Estoy llorando junto a mis hermanos y hermana. ¡Oh, Señor, mi Dios de dioses en el cielo, cuán benigno eres hoy para con nosotros!

Megan, prostituta

En el momento en que el viejo Fritz Scheffer hace sonar la señal para celebrar una reunión en la sala de juego, sé que algo horrible debe de estar preparándose, porque Scheffer es un típico capitán de remolcador espacial en el sentido de que, durante el viaje, lo que le interesa es beber, dormir, y charlar con sus computadores. Fritz no es tan típico en el sentido de que da la impresión de que yo le gusto más como un hombre que como una mujer (mi preferencia es la opuesta), pero supongo que esto sucede porque hizo el servicio militar en la armada, y se encontró enjaulado en aquellas enormes naves durante varios años en una época en que no había nada a bordo para entretenerse, excepto consigo mismo. (Esto debió de ser antes de que mis servicios fueran declarados elemento obligatorio en todos los vuelos programados.) No me importa demasiado esta ruptura de la monotonía. Este viaje ha sido un fracaso para mí, a no ser por el joven Chapman, que no es tan joven pero lo aparenta. De todas maneras, Chapman jode convencionalmente, muy de prisa, y da buenas propinas, como si pensara que cuanto más dinero ofrezca más me impresionará su destreza (cosa que, quizá, no está tan alejada de la realidad). Lo que no haré es revelar el eterno secreto de mi profesión, o sea, que las partes de todo hombre, o mujer, son casi idénticas a las del que sigue a continuación. Y, si me apuran, me sentiría muy afortunada si pudiera recordar una ocasión más que otra. No se trata de un arte, es una simple necesidad fisiológica, igual que cagar, y tampoco guardo recuerdos de esto último.

Así que aquí estamos todos reunidos en la sala de juego y Scheffer está parloteando de una nave alienígena que nos ha perseguido por todo el sistema, nos ha cazado y no

permitirá que nos vayamos. Me pongo cómoda, cruzo las piernas (es muy fácil hacerlo siendo mujer) y suelto un bostezo impresionante. Los otros cuatro se están volviendo locos; despotrican y deliran de miedo y cosas así. Al parecer creen que alguien debería bajar a la compuerta y enfrentarse con esos alienígenas, pero el gran problema es: ¿quién lo hará? Scheffer dice que él no puede porque, si le matan, nadie podrá salvarnos. Forbes, una especie de millonario, probablemente impotente, puesto que no ha dado un paso hacia mí en todo el viaje, afirma que, si muere, media galaxia habitada morirá con él. Ese monje tan cómico, Kold, que subió a bordo pidiendo limosna, no para de murmurar «OM», que seguramente significa «yo, no». En cuanto a mi hombre, Chapman, se explica como un libro abierto:

- Es posible que, a causa de mi experiencia científica, deba ser yo el que vaya, pero, francamente, mi carrera ha sido la física, el universo exterior más que el interior, y creo que ahora se precisa un ser humano completo, auténtico, un representante real de nuestra raza.

Oh, tengo que echarme a reír. ¡Qué demonios! Todos me están mirando. Así que les suelto:

- Joder, no me voy a hacer rica sin mover el culo. Tendré una charla con ellos.

Scheffer, tan ansioso como un perrillo después de liberarse del lazo, sale corriendo y vuelve con un traje para mí. Luego me mete en la compuerta. Ahora que estoy aquí, pienso en la cantidad de veces que me han dado una patada en el trasero sin lograr hacerme caer. La puerta que hay frente a mí es de un metal extraño resplandeciente que me hace cosquillas cuando lo toco.

La puerta se dilata como un ojo en la oscuridad y el extraño pasa a través de ella.

Lo primero que noto es que se trata de un macho. Mide casi tres metros y está tan desnudo como una cría de foca.

- Bien venido a la raza humana - digo, hablando por la radio de mi traje.

- Pero ¿tú eres...?

Habla el terrestre como un rey, por lo que imagino que nos han estado estudiando a distancia durante algún tiempo.

- Megan - digo -. Soy una puta.

Mi respuesta le hace sonreír. Sus dientes son azules como el agua de un lago, pero el caso es que no estoy inquieta; En seguida, nos sentamos frente a frente y noto que él tiene un tercer ojo, verde como un dragón, justo en medio de la frente.

- Me llamo... - gorjea algo que me sería imposible repetir - y mi raza es... - otro gorjeo -. Durante algunos siglos hemos estado observando a tu raza a distancia, pero yo... yo... - tartamudea como un niño pequeño -. Yo te amo - concluye, ante mi enorme sorpresa.

Voy a contestarle «vete al cuerno», porque esas palabras ya las he oído en infinidad de ocasiones antes de ahora, pero hay algo en su forma de guiñar el tercer ojo que me hace comprender que es sincero.

- ¿Cómo es eso? - pregunto.

- Porque conoces las artes y las ciencias de los sentidos mejor de lo que yo podría aprender en toda mi vida.

Debo admitir que también él me gusta.

- Podría tratar de enseñarte - sugiero.

- Sería muy gentil por tu parte.

Así que me toma allí mismo. Mi traje desaparece en un abrir y cerrar de ojos, me tiendo boca abajo alzando el trasero y él tiene una cosa que sería grande hasta para un alce macho.

Por primera vez en mi vida, tengo un orgasmo enloquecedor.

Y el alienígena no para. Me corro otra vez.

Al final estamos tendidos en el suelo y su mano cubre uno de mis pechos (que tampoco son pequeños).

- Megan - musita roncamente -, éste no es lugar para ti, entre esas bestias descarnadas que son tus humanos. Regresa conmigo a... - un gorjeo - y aprende a vivir como corresponde a un talento de tu categoría.

Concedo a su propuesta un microsegundo de profunda reflexión.

- Vámonos - contesto.

Mientras atravesamos la compuerta cogidos de la mano, no puedo evitar preguntarme: ¿cómo demonios explicará esto el viejo Scheffer al tribunal de investigación?

A bordo de la nave alienígena, descubro que mi nuevo amigo no está solo. Tiene cinco

compañeros y todos sienten lo mismo por mí.

Estoy empezando a creer que finalmente he encontrado el paraíso.

Roger Chapman, doctor en filosofía y ciencia

Que tanta gente tema lo desconocido es una constante fuente de sorpresas para mí. Mientras habla el capitán Scheffer, recuerdo que cuando me encontraba investigando un agujero negro en la región de Nova 49, hace algunos años, el capitán que me había conducido hasta allí llegó a tener tanto miedo de aquel pequeño enigma negro que me vi obligado a dirigir personalmente la nave para aproximarme lo suficiente y poder investigar el agujero.

- No podemos caer ahí, estúpido - le dije -. Ese concepto es físicamente imposible en un entorno libre de gravedad.

Pero el capitán siguió temblando y estremeciéndose. No era un simple idiota. Seguramente era más que eso. Por desgracia, aquel hombre resultó ser un capitán de nave más bien típico.

A bordo del remolcador Virdiana, cerca de la influencia de la estrella de neutrones vt29, el avejentado capitán Fritz Scheffer nos explica que una extraña nave, probablemente una nave estelar alienígena, acaba de establecer contacto con la nuestra. Escucho atentamente sus palabras, intentando separar la cruda realidad de las emociones ciegas y lamentando no tener acceso a los computadores de la nave. Cuando el capitán termina su divagante disertación, mis compañeros de viaje empiezan a parlotear. Les concedo suficiente tiempo para que den rienda suelta a sus obvios temores y a continuación me dispongo a intervenir.

- Caballeros - digo -, el problema surgido aquí ha sido considerado, ponderado y evaluado durante más de tres siglos. Yo mismo he estudiado monografías relativas a un posible primer contacto que se remontan a mucho antes del inicio de la era espacial. Dicho con sencillez, hemos sabido durante largo tiempo que el hombre no está solo en el universo. Ahora que nos hemos encontrado con otra raza, el único interrogante que nos queda es determinar la mejor manera de establecer una comunicación provechosa. Creo que yo, quizá mejor que cualquiera de ustedes, sé cómo afrontar la actual situación.

Observo que les tengo a todos bajo mi control. Ahora soy su líder y es una responsabilidad difícil de rehusar. Me estremezco al pensar qué habría ocurrido si yo, por alguna razón, hubiera perdido este vuelo: un fanático calvo, una prostituta bisexual, un mezquino explotador y un necio capitán de remolcador espacial. ¡Vaya grupo para enfrentarse a la primera especie no humana conocida por la humanidad!

Con la atención de los cuatro concentrada en mi persona, pido un traje.

Solo en el compartimiento estanco, examino cuidadosamente la puerta opuesta y veo que está formada, en gran parte, por un metal desconocido para la ciencia humana, tal vez algún tipo de aleación sintética. Al instante, con sólo esta pista como base, logro deducir un hecho significativo: esta raza es más antigua y avanzada que la mía.

Tengo poco tiempo para reflexionar sobre este punto, puesto que las espirales de la compuerta se abren y aparece una figura. El alienígena viste un traje presurizado de diseño parecido al mío. Es bípedo, con rasgos faciales humanos en lo esencial. Las ventanas de su nariz están separadas, no parece existir vello facial y carece de orejas. Partiendo de estos indicios, confirmo mi teoría original: este ser es claramente superior, tanto en el aspecto evolutivo como en el tecnológico.

El alienígena saca un bloc de papel y un lapicero de alguna parte de su traje y me los ofrece. Los acepto y, con un ademán, sugiero que nos sentemos. A continuación, en la primera hoja del bloc, trazo una nítida serie de diez puntos. Sobre ellos escribo números del uno al diez. El alienígena toma el bloc y garabatea uno de sus símbolos junto a cada uno de los míos. Ante esta Comunicación con tanta facilidad establecida, no puedo contener una sonrisa interior. Hasta el momento, los hechos han ido desarrollándose exactamente de acuerdo con lo previsto.

A continuación, usando puntos y símbolos, escribo el número 3,1416. El alienígena examina lo que he escrito y de repente frunce los labios. Acepto el gesto como positivo y prosigo (de nuevo empleando puntos y números) formulando por escrito las raíces cuadradas de los números dos al diez. El extranjero premia mi esfuerzo con un segundo fruncimiento de sus labios.

Las matemáticas son el único lenguaje realmente universal y hace ya tiempo dije que toda raza tecnológicamente avanzada debía ser consciente de este hecho.

Establecida la comunicación básica, emprendo un segundo paso. Tocando con un dedo mi corazón y mi cabeza, digo:

- Hombre.

El alienígena se señala a sí mismo.

- Nowak - replica (por lo que yo logro entender).

- Nowak - repito, apuntándole con un dedo.

- Hombre - dice el alienígena, señalándome.

- ¡Magnífico!

Cuando el extranjero y yo nos separamos, ambos poseemos un vocabulario común de nueve palabras. Al regresar finalmente a la sala de juego, donde los demás me aguardan, apenas se me permite despojarme del traje.

- Bien, ¿Cómo ha ido? - pregunta el capitán Scheffer al tiempo que me coge del brazo -¿Hubo problemas? ¿Qué aspecto tenía ese condenado ser? ¿Era un monstruo?

- No más que nosotros - le contesto -. En cuanto a la misión en sí - añado, enardecido por lo que no creo sea un exceso de orgullo -, debo considerarla un éxito total. De ahora en adelante el hombre ya no estará solo en el universo.

Andrew F Forbes, presidente de Industrias Galácticas Forbes

Mi primer pensamiento al escuchar la confusa descripción del capitán sobre la nave alienígena que nos ha abordado es casi automático:

«Me pregunto qué demonios quieren.»

Mi brusca reacción es lo bastante incisiva como para captar su atención. Idealistas, necios e infantiles. El pequeño individuo calvo me manoseó en el espaciopuerto hasta que al fin prometí pagar su pasaje a cierto monasterio lejano. El obeso físico pasó una tarde entera explicándome sus méritos hasta que perdí la paciencia y le hice callar describiéndole un reciente proceso ideado por mi empresa para extraer metales pesados de las desapacibles entrañas de estrellas enanas. El individuo no sabía absolutamente nada al respecto. En cuanto a la ramera, la probé la primera noche y se quedó debajo de mí como un montón de barro. Debería aprender de mi hija, que sólo tiene catorce años. Cuanto menos hable acerca del pobre capitán, tanto mejor será: es un borracho y ésta es una de sus mejores cualidades.

- ¿Por qué está tan seguro de que quieren algo de nosotros? - pregunta el físico en un estallido de ingenuidad propio de un adolescente -. Nosotros somos inteligentes y ellos también. De modo que, ¿por qué no van a querer establecer contacto con nosotros, simplemente?

- Usted es un idiota - replico -. Si hubiera ido siguiendo los informes al respecto, sabría perfectamente que estos tipos han estado espiándonos durante varios siglos. Resulta que aparecen justo ahora, cuando yo estoy a bordo de esta nave. No piense que es una maldita coincidencia.

- ¿Cree que le buscan a usted señor Forbes? - dice la ramera, con los ojos tan abiertos como los de una virgen.

- No soy tan ególatra. No me buscan a mi como persona... Van detrás de algo que yo sé.

- ¿Qué es? - pregunta el capitán.

- Maldita sea, eso es precisamente lo que pretendo averiguar.

Scheffer quiere ponerme un traje presurizado, pero le digo que se vaya al infierno. Si los alienígenas desean verme, tendrán que hacerlo sometándose a mis condiciones, y eso incluye que respiren mi aire. No soy el maldito tonto de nadie. No se gana una guerra combatiendo en el terreno enemigo, y para mi todo trato comercial, con alienígenas o sin ellos, es una pura y simple guerra.

En el compartimiento estanco, aguardo la llegada del alienígena o alienígenas con la mirada firme y la mente en tensión. Cuando por fin se asoma el ser, me esfuerzo para no pestañear. El extraño es regordete, horrible y pelado, tiene las extremidades contraídas, una enorme cabeza y los ojos igual que leche cuajada. Sé que la forma de vencer es hablar primero. Así lo hago, empleando el idioma terrestre.

- Soy Forbes. Si desea hablar conmigo, aquí me tiene. - La criatura tiene una cara muy chata y expresiva. Comprendo que esto no va a ser fácil. Debo adivinar pensamientos.

- Sabemos, señor, - expone (en terrestre) -, cuál es su posición social entre los miembros de su raza y que está en posesión de cierto...

- Entonces sabrá también que no tengo la costumbre de regalar nada - interrumpo.

Capto el primer asomo de expresión en su rostro, pero me es imposible interpretarla todavía.

- No esperamos nada parecido, señor. No obstante, recientemente nos ha llamado la atención el hecho de que su empresa haya inventado un procedimiento que permite extraer determinados metales pesados de los núcleos de las estrellas enanas. Es un hecho que nuestras astronaves espaciales precisan...

Le interrumpo una vez más. En todo negocio, el vencedor siempre debe llevar la iniciativa. Sólo un necio se limita a escuchar.

- Tengo lo que desean. El problema es, ¿qué me ofrecen a cambio?

Sorprendo de nuevo un vago titubeo que puede indicar diversión, miedo o simple astucia.

- Nuestra raza posee numerosos secretos que resultarán nuevos para usted - explica -.

Como parte del trato estoy autorizado a ofrecer...

- Ni hablar. - Agito la cabeza con decisión. Ahora sé que él está asustado, preocupado como mínimo.

- Pero, señor Forbes, estoy seguro de que no rechazara mi...

- Su nave. Eso es lo que quiero. Su nave a cambio de la nuestra y el proceso de extracción gratis.

Veo sus ojos blancos moviéndose de un lado a otro. El alienígena está sorprendido y confuso, pero yo sé algo muy importante: su raza no está tan avanzada respecto a la nuestra como para que cualquier cosa que haya a bordo de su nave no pueda ser reproducida por mis científicos en un par de años. Supongo que él también se habrá dado cuenta de esto, y su vacilación demuestra que estoy en lo cierto. La única pregunta sin respuesta es simplemente ésta: ¿hasta qué punto están necesitados del proceso de extracción? Estoy intentando cerrar el trato más difícil que existe, pero ¿qué puedo perder? Si me dice que no, soy un hombre rico. Si me dice que sí, seré enormemente rico.

- Intercambiaremos las naves - dice en un suspiro casi humano. Me esfuerzo en no aparentar satisfacción.

- Le entregaré los documentos relativos al proceso de extracción en cuanto el intercambio haya concluido - digo.

El alienígena extiende una mano tibia.

- De acuerdo.

- Puede estar seguro. - Estrecho su mano, sin mostrar mi disgusto.

Huelga decir que, al llegar el momento de entregar los documentos, retengo en mi poder una página decisiva. Supone un riesgo infernal, pero no me habría hecho rico tratando de eludir peligros.

El alienígena no se da cuenta.

Entre carcajadas que asustarían al mismo diablo, ordeno al capitán Scheffer salir de este gollete galáctico a la velocidad del rayo. La propulsión subespacial de la nave alienígena es distinta de la nuestra, pero los controles utilizados para manejar la nave son bastante parecidos.

- Muy pronto, estamos volando.

Me llevo a la ramera a mi nuevo camarote. Ella sigue sin valer un comino, pero el ambiente alienígena parece que la inspira.

Hechos finales

Las dos naves espaciales, la humana y la alienígena, permanecen unidas tan sólo un microsegundo. No se produce contacto físico alguno entre los miembros de las tripulaciones de las naves. Inmediatamente la nave alienígena deja de existir emitiendo un suave destello.

A bordo de la Viridiana, los pasajeros y tripulación reanudan sus tareas habituales. Nadie conserva el menor recuerdo de las circunstancias que rodearon el primer y breve contacto entre la raza humana y otra no humana.